

HÓMENAJE

A LA MEMORIA

DEL

Doctor Don Sergio Arboleda.



QUITO, 1888.

IMPRESA Y encuadernación de la UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR,
á cargo de Rafael María Bermeo,

HOMENAJE

A LA MEMORIA

DEL

Doctor Don Sergio Arboleda.

Quito, 16 de Julio de 1888.

El 20 del mes próximo pasado se recibió en esta ciudad, por telégrafo, la infausta noticia del fallecimiento del Señor Doctor Don SERGIO ARBOLEDA, acaecido el día anterior en la ciudad de Popayán. Inmediatamente se reunieron varios de los colombianos residentes en esta capital, con el objeto de determinar la manera de hacer público su dolor por la pérdida de tan honorable compatriota; y desde luego se acordó dirigir un telegrama de condolencia á la Patria, representada en la persona de su primer Magistrado, y celebrar solemnes exequias por el alma del ilustre finado.

El telegrama dirigido al Presidente de Colombia y su contestación fueron como sigue:

Excmo. Señor Doctor Don Rafael Núñez, Presidente de la República de Colombia.—Bogotá.

El telégrafo del Norte nos ha comunicado la infausta noticia de la muerte de nuestro eminente compatriota el Doctor Sergio Arboleda; y como tan deplorable acontecimiento no ha podido menos de cubrir de luto el suelo de Colombia, nos creemos en el deber de manifestar nuestra condolencia al respetable y digno Jefe de la República.

Quito, Junio 21 de 1888.

Bartolomé Calvo.—Francisco de P. Urrutia.—Luis M. Calvo.

Luciano Jaramillo.—José Francisco Zarama.—Belisario Peña.—Miguel Arroyo.—Ramón Calvo.—D. Euclides de Angulo.—Enrique Pombo.—Ulpiano Riascos.—José A. Villota.—Julio Urrutia.—José María Cañadas.—Antonio M. Borda.—Fernando Zarama.—Rafael María de Guzmán.—Federico Hurtado.—Angel M. Zarama.—Francisco José Urrutia.—Juan María Caicedo.—Leocadio B. Calvo.—Alcibíades Zambrano.—Eduardo Caicedo.—Lorenzo E. Navarrete.—Floresmilo Zarama.—Adán Recalde.—Pedro Rojas.—Leonidas Gutiérrez.—Adolfo Gómez.—Emeterio Aragón.—Guillermo Borrero.—Rufino Ortiz.—José María Astorquiza.—Eduardo Quintana.—Manuel María Bucheli.—Pedro Antonio Bucheli.—Lucindo Almeida.—Dositco J. Vivanco.—Ricardo Zarama.—Miguel Miranda.—Miguel Paz.—Gonzalo Miranda.—Juan S. Ordóñez.—Enrique Miranda.

Peñanegra, Junio 25.—Señor Ministro Colombiano.—En nombre de la República agradezco expresión de duelo por fallecimiento del distinguido colombiano Señor Sergio Arboleda. Gobierno le decretó debidos honores.—Saludo por su respetable conducto á todos los signatarios.—NÚÑEZ.

Las exequias se celebraron el 10 del corriente, previa la siguiente invitación.

Señor:

Los que suscriben, compatriotas y amigos del finado DOCTOR DON SERGIO ARBOLEDA, suplican á U. se sirva asistir á las exequias que, en honra de aquel ilustre hijo de Colombia, se celebrarán en el templo de la Compañía el martes 10 del corriente, á las diez de la mañana.

Pronunciará la oración fúnebre el R. P. Teódulo Vargas de la Compañía de Jesús.

Quito, 7 de Julio de 1888.

Bartolomé Calvo.—Angel M. Zarama.—Belisario Peña.—D. Euclides de Angulo.—Enrique Pombo.—Federico Hurtado.—Fernando Zarama.—Floresmilo Zarama.—Francisco de P. Urrutia.—José Antonio Villota.—José Francisco Zarama.—José María Cañadas.—Juan M. Caicedo.—Julio Urrutia.—Leocadio B. Calvo.—Luciano Jaramillo.—Luis M. Calvo.—Miguel Arroyo.—Rafael M. de Guzmán.—Ramón Calvo.—Ulpiano Riascos.

La concurrencia de señoras y caballeros fué numerosa, contándose entre éstos el Excmo. Señor Vicepresidente de la República, encargado del Poder Ejecutivo, los Ministros Secretarios del Despacho, Magistrados de la Corte Suprema de justicia, miembros del Congreso, etc. etc.

Celebró el augusto sacrificio de la misa el Señor Canónigo Doctor Don Manuel Andrade Coronel, asistiendo de medio pontifical el Ilmo. Obispo de Cuenca Señor Doctor Don Miguel León.

Terminada la misa, ocupó el púlpito el R. P. Teódulo Vargas y pronunció la siguiente

ORACION FUNEBRE.

*Usque ad mortem certa pro iustitia, et
Deus expugnabit pro te inimicos tuos.*

Pelea por la justicia hasta la muerte
y Dios derrocará por ti á tus enemigos.—ECCLE. 4, 33.

ILMO. SEÑOR, EXCMO. SEÑOR, SEÑORES:

Dios Criador, misericordioso aun en sus castigos, impuso al hombre el de la muerte, como condición para alcanzar la gloria de la inmortalidad. No es vida, en efecto, la que vive el alma mientras yace encarcelada en este barro del cuerpo, sujeta á las tinieblas del error y de la ignorancia, y al tormento de los dolores. Es menester que el polvo vuelva al polvo, que nuestro orgullo se estreche en la lobreguez del sepulcro, y que nos devore la corrupción espantable, para que el alma comience á gozar en la plenitud de la vida verdadera. *Quis me liberabit a corpore mortis huius?* Quién me librerá de este cuerpo de muerte? exclamaba el Apóstol en los anhelos con que lloraba cautivo por la suspirada libertad. Y sin embargo, Señores, nada hay que nos mueva á tan hondo dolor, y que nos rinda á la amargura de las lágrimas, como la muerte de las personas amadas, sobre todo si con el llanto de parientes y amigos consueñan el sollozo de los buenos, la queja de las artes y las letras, y el gemido maternal de la Patria desolada.

En ocasiones tales, no contentándonos con la expresión común del dolor natural, aspiramos á darle un carácter en cierto modo infinito, y nos valemos de la Iglesia, esposa del Cordero inma-

culado, para que sintiéndolo ella en sus entrañas de madre, lo exprese divinizado en la cátedra de la verdad, y lo inmortalice con los lamentos de un Job y con los trenos del Profeta de las ruinas.

¿No es esto lo que está pasando en la presente ocasión? Pocos días ha que la velocidad del rayo nos trajo una nueva impía que, como rayo también, nos hirió el corazón. Perdonad, Señores, que os la repita: Murió el muy ilustre prócer de Colombia, Doctor Don Sergio Arboleda; el padre de familia cristiano, el escritor cristiano, el patriota cristiano. . . . murió!

Postradas las frentes en el polvo, y compungido el corazón, adoremos ante todo con reverencia silenciosa aquella voluntad soberana de quien están pendientes la vida de los hombres y la suerte de las naciones. Adorémosla y bendigámosla también, porque las bendiciones que se exhalan de un alma abrasada en el fuego de la tribulación, han de ser la realidad de esos humos emblemáticos del incienso que se ha quemado hoy en este altar en las brasas del sacrificio.

Y puesto que en la muerte de personas queridas ó de varones eximios nos da algún alivio el conmemorar sus méritos y celebrar sus virtudes, hagamos lo propio en este caso, no sólo para consuelo nuestro, sino para edificación y ejemplo de la presente y de las edades venideras.

Mas, como ninguna alabanza es gloriosa sino la que está asentada en la verdad, propóngome no apartarme un punto de ella, pues ni lo necesita el mérito ilustre del difunto, ni me lo permite el miramiento que debo á la altísima cátedra de los oráculos divinos.

Grande gloria es la de ser alabado, no sólo de los propios y conterráneos, sino también de los ajenos y extraños, si extraños pudieran llamarse dos Estados que tienen entre sí cuantos vínculos divinos y naturales existen para hermanar los corazones de los hombres. Esta idea, venciendo en mí la nativa timidez, me da alientos para elogiar en la persona de Arboleda la pureza de fe, el patriotismo abnegado y la constancia inquebrantable que con tanta razón admiramos en algunos de los más ínclitos ciudadanos de esta católica República.

Os he insinuado ya el objeto de mi discurso: Arboleda fué un verdadero patriota cristiano y escritor cristiano, reputando siempre como dicho á él aquel precepto, que no ya consejo solamente, del Eclesiástico: *Usque ad mortem certa pro iustitia*, pelea por la justicia hasta morir; por la justicia revelada por la fe, exigida por el amor santo de la patria, perseguida en el hombre hasta la muerte por los más perversos enemigos de su bien, si una especial Providencia, reservándole para otros fines, no le

libra de sus continuas asechanzas. Pelea por la justicia hasta la muerte, *et Deus expugnabit pro te inimicos tuos*; pelea, seguro de que Dios derrocará por ti á tus enemigos, y en esta vida se logrará el bien común por que trabajares, y en la otra recibirás el galardón que merecieres.

Popayán, aquella caballerosa ciudad de Benalcázar, en donde extremaron sus gracias la naturaleza risueña y los hombres sus iras furibundas; Popayán, que se ufana con ser cuna de varones ilustres, el 11 de Octubre de 1822 tuvo también la ventura de serlo de Arboleda. Nació éste de padres de claro linaje, como lo fueron Don José Rafael Arboleda y Arroyo y Doña Matilde Pombo y O'Donell, de quienes Julio y Sergio, sus dos únicos hijos, heredaron con la pureza de linaje muchas otras prendas morales, capaces de ennoblecen á la nobleza misma. Siete años apenas tenía Sergio, cuando su padre Don Rafael murió en tierra extranjera, orillas del poético Arno, á donde se había encaminado en busca de la salud perdida en el servicio de su patria. Pero, si ésta fué desgracia dolorosa, quedó á los huérfanos una madre cristiana, dechado de virtudes y mujer de talento despejado, que doblando su solicitud, juntó los tiernos desvelos maternales con la prudente energía de un discreto padre de familia. Púsose á estudiar el carácter y las inclinaciones de sus hijos; y viendo que el uno, fogoso de imaginación, de inteligencia rápida, de corazón magnánimo y atrevido, como polluelo de águila, necesitaba más amplio espacio que el de los patrios horizontes para dilatar sus vuelos, hizo el sacrificio de arrancárselo á su propio corazón y lanzarlo á los azares y peligros á que se aventura con ansia de saber la juventud americana en las universidades europeas: tierno niño el otro, pero de juicio precoz, de corazón sencillo, amante de la naturaleza, sin más aspiraciones ni deleites que la paz del hogar doméstico y el tibio abrigo del corazón materno, cual blanca paloma que no tiene atrevimiento sino para revolotear en derredor del nido amado, hubo de retenerle consigo para consuelo de su viudez desamparada.

Consagróse aquella matrona á la educación de su hijo y á irle grabando en la memoria con la doctrina, y en el corazón con el ejemplo los principios de religión y de moral. ¡Infeliz de aquel que no ha recibido de su madre las primeras lecciones de virtud! ¡Criminal la madre que no enlaza el recuerdo de sus ternuras en el alma del hijo con la idea de Dios y la práctica del bien!

Entrado Sergio en años juveniles, comenzó sus estudios de jurisprudencia en la universidad de Popayán, donde se distinguió

tanto entre sus condiscípulos, que fué modelo de buena conducta, aplicación y aprovechamiento. Concurrían con él varios jóvenes á quienes su generosa madre costeaba la educación; de los cuales alguno sobresalió después por méritos esclarecidos; entre los que no fué el menos apreciable la gratitud que tuvo á su benefactor y al compañero de sus faenas literarias. Terminados que fueron los cursos universitarios, recibió Sergio entre vítores y aplausos de profesores y condiscípulos la borla del doctorado, y con ella un nuevo medio de ejercitarse en hacer bienes, defendiendo la justicia de los pobres contra el poder y el prestigio de los ricos.

Tiempo era entonces de establecer su hogar. ¿Y á quién escogerá por compañera de su vida? ¿Qué prendas buscará él para honrarlas con el lustre de su nobleza y el mérito de sus cualidades? Riquezas, él las tenía sobradas: buscó virtudes, y las halló cabales en quien eligió para esposa.

Aquel hogar cristiano fué la morada de la paz y del contento, no perturbado, como dijo el poeta, por deudas ni pesares. Resplandecían allí la piedad, la modestia, la oficiosidad de la esposa; la prudencia, la laboriosidad, el talento del esposo, y la candida inocencia de los hijos ternuzuelos. Esos corazones eran tesorería de la caridad; esas riquezas eran bienes de los pobres; esa casa era el palacio real de las virtudes cristianas; sus puertas estaban siempre abiertas á la amistad; sus salones eran el retrete de la cortesía caballerosa y de la gracia sencilla. Ah! si las tempestades que levantó iracunda la revolución de la entonces Nueva Granada no hubieran ido á turbar esa tranquilidad, Arboleda habría sido tan venturoso como lo merecían sus virtudes.

Desatóse, en efecto, la borrasca de la persecución contra la Iglesia, y llegó el tiempo en que no es lícito á los ciudadanos ser virtuosos, porque los vicios de los que gobiernan no dejan virtud ninguna sin castigo. ¡Cuántos de vosotros que me estáis oyendo fuisteis víctimas de los crímenes de esos horribles días que quisiéramos borrar del tiempo y de la humana recordación! ¿Qué guerras más crueles hubo jamás que las encarnizadas guerras religiosas? ¡Y cuán terribles fueron las que ensangrentaron el suelo granadino! Guerra á Dios persiguiendo á su Iglesia; guerra á la sociedad combatiendo la propiedad; guerra á la familia despedazando esos lazos tan dulces como indisolubles del matrimonio católico. Arboleda no pudo, no debió hacerse cómplice de tantos crímenes y de tantas miserias, como lo hicieron tantos otros, con la fría y calculadora indiferencia del egoísmo.

Desde 1850, en que se entronizó en Nueva Granada, á poder de puñal, un gobierno hostil á la Iglesia, hasta 1885, en que empezó á srenarse la persecución, puede decirse que en este lar-

go espacio de treinta y cinco años, con intervalos de paz relativamente cortos, no cesó la recia lucha, la opresión, la tiranía del acero que segaba vidas, y la de la espada de la ley, más terrible aún, que vulneraba las conciencias.

En este período de escándalos dados al mundo, Arboleda, patriota cristiano, y sincerísimo patriota, puestos en olvido sus cuantiosos intereses, el amor tierno de hijos y esposa, los vínculos de sangre que con dolor suyo lo unían con el tirano de su patria, rompió por todo y se arrojó, acero en mano, á los campos de batalla. Viósele allí á él, hombre delicado, hecho á los regalos de la riqueza, sujetarse á las privaciones del militar campamento, falto de abrigo y del cotidiano pan, igual en todo al ínfimo soldado, dando ejemplo de resignación y fortaleza. Cierto que, siendo el sacrificio la prueba del amor, las almas grandes convierten en gozos los padecimientos sufridos por la patria: *Dulce et decorum est pro patria mori*: dulce y glorioso es morir por la patria. Pero esto mismo nos da la medida de sus amarguras, cuando, después de tan largo é inútil batallar, consideraba la inutilidad de tantos sacrificios y de tanta y tan preciosa sangre derramada.

¡Qué de veces, al caer el sol en una de esas altísimas cumbres de los Andes, dominadoras de inmensos horizontes, paseando solo Arboleda entre las fogatas rojizas y el humo del vivaque, oyendo á lo lejos el clangor de las cornetas enemigas, centuplicado por los ecos, volvía llorosas las miradas á sus compañeros hambrientos y desnudos, muchos de los cuales yacerían al día siguiente despedazados en el campo de batalla!

Que á tales sacrificios y osadías arrastre la ambición á pechos por ella atormentados para segar laureles salpicados de sangre, cosa es muy explicable; pero Arboleda no era ambicioso: ni una vez sola en los sueños dorados de la juventud había levantado el pensamiento á los brillos deslumbradores del poder ni á la soberbia del mando. Sabía muy bien que el mérito verdadero y el sacrificio heroico no tienen en el mundo recompensa ni corona; digo mal, sabía que tienen una muy grande y envidiable: la inmarcesible del martirio.

¡Pobres víctimas de las guerras civiles! vuestros nombres se han borrado ya de la gratitud y de la memoria humanas, y vuestros huesos carcomidos y amontonados con los de vuestros enemigos, blanquean insepultos aún en los desiertos eriales, visitados sólo de las nieblas errátiles y olvidados en la soledad y en el silencio.

¡Tan miserable es la gloria humana! y por eso Arboleda no dió licencia á su corazón para que se empeñara en conseguirla;

y fué manso y humilde, porque humildad y mansedumbre son las raíces que nutren, fortalecen y dan altura y lozanía al árbol de la grandeza verdadera; y por eso, sencillo en los prósperos sucesos, digno en la adversidad, tuvo un ánimo en quien nada pudieron las mudanzas de la fortuna. Con la misma paz con que gustaba el vino de la felicidad, saboreaba la sal amarga del destierro; tan tranquilo estuvo en la posesión pacífica de sus bienes, como en la honrada pobreza á que le dejaron reducido el robo y la exacción inicua: ni una sola palabra de jactancia en la opulencia; ni un solo acento de queja en la miseria.

Esto, que los filósofos llamarían estoicismo, era obra en él de creencias cristianas y de la fe en una Providencia omnipotente que encamina todas las cosas á su gloria y al bien verdadero de los hombres. Verdad tan consoladora fué el alivio de sus penas y el fundamento de sus esperanzas. Porque, siendo el mal el trastorno del orden, no puede ser duradero; y si como las tempestades se desencadena furioso asolando ciudades y naciones, como las tempestades pasa también dejando los espacios etéreos purificados y hermoseedo el cielo azul con el iris apacible.

Lleno de esta confianza, cuando Arboleda volvía al hogar asolado, después de sus largos destierros ó en las breves treguas de mal segura paz, dábase á descombrarlo de ruinas y á despojar los heredados campos paternos de los abrojos que se nacen en la tierra maldecida cuando no la riega el fecundante sudor del rostro humano.

Esperaba que el arado le devolvería lo que había arruinado la espada, y feliz con la esperanza de mejores días, congregaba de nuevo á los hijos, que se agrupaban en torno suyo durante las vigili-
lias nocturnas á recibir de sus labios doctas lecciones de sabiduría sencilla y de honradez caballerosa.

Cierto que entonces le faltaba la compañía de la esposa, á quien desamparo y pesadumbres condujeron prematuramente al sepulcro; pero, si en su corazón había muerto el anhelo de la felicidad propia, no así el que le movía á desearla para los suyos, y sobre todo para la patria, objeto de su amor y causa de sus padecimientos.

Estas dulces calmas, empero, no eran sino las de la mañana hermosa de un día de borrasca, y la esperanza burlada añadía luego heces más amargas á quien pensaba que iba ya á llegar á los labios sedientos el agua cristalina de la felicidad.

¿Qué extraño sería que en prueba tan larga se rindiera alguna vez la fortaleza de hombre, vencida de la desesperación? ¿Cómo no se ha de consentir que el cuerpo exhausto de fuerzas, el alma rendida de dolores, busque en el sopor algún alivio, siquiera sea ficticio y de corta duración? Pero Arboleda, como los cedros

que reciben vigor del hacha que los hiere, se levantaba á nuevas y nuevas luchas, más enérgico y vigoroso que nunca, prueba de que su virtud patriótica tenía asiento en principios mucho más altos que en los de la propia utilidad. En efecto,—y lo ha dicho un orador católico,—cuanto grande se ha obrado en el mundo, ha sido hecho á la voz del deber; cuanto mezquino y miserable, se ha hecho á la voz del interés.

Siendo, pues, Arboleda enemigo declarado de la secta utilitarista, que ha cegado en el mundo la fuente de la virtud generosa, no es maravilla que jamás aspirara á recompensa alguna por premio de su sacrificio; ni debe sorprendernos aquella modestia que tan propia le era y que daba mayor lustro á sus méritos: buscaba la oscuridad para esconder en ella sus prendas, pero esas mismas sombras les acrecentaban resplandor, así como la noche, mientras es más oscura, favorece más la claridad de las estrellas.

De esas prendas realzadas por la modestia, no era ciertamente la menor el exquisito sentido que tal vez por antífrasis denominamos común, cuando debiera apellidarse raro; porque raro es el fino discernimiento, el arte del político, que consiste en penetrar lo que en circunstancias dadas conviene hacer ó decir, lo que omitir y callar, y por qué medios y en qué oportunidad. Arboleda fué, pues, eminentemente juicioso y discreto: cualidades que le hacían apto para consejero y regidor de naciones, dado caso que los hombres quisieran ser gobernados por la prudencia. Y de tal forma hermanaba esta virtud con la energía, que lo resuelto por la una tras maduro reflexionar, lo llevaba la otra á ejecución con firmeza incontrastable.

Era, sin embargo en el trato familiar sincero y franco aun en ocasiones en que pudiera ser tolerable la reserva, á diferencia de los que hablando con abertura de ánimo, mantienen sobresanado el semblante y dicen lo que saben y quieren comunicar, como si apenas lo columbraran, ó como si temieran ser comprendidos.

Me abstendría de alabar aquí estas prendas, que pueden ser simplemente humanas, si en Arboleda no se hubieran sublimado por lo sobrenatural á la gloria de virtudes cristianas. El que había acendrado y robustecido su inteligencia y voluntad en las fuentes vivíficas de la fe; el que tan á menudo había lavado el alma en las aguas restauradoras de la inocencia, y avigorádola en el banquete eucarístico con el pan descendido de los cielos, como lo hizo aquí en este mismo templo, con pública edificación, después de haberse abstraído del mundo varios días, en el apartamiento de esta casa, como en otro Sinaí, para hacer los Ejercicios espirituales; el que había fundado colegios, como el del Espíritu Santo, para preservar á la juventud del veneno de la impiedad; el que había sostenido

asociaciones religiosas para socorrer y educar á niñas pobres, como la del Sagrado Corazón de Jesús; el que arrancándose el propio corazón, lo entregó en sus dos hijas, afortunadas con la hermosura, codiciadas de la grandeza para esposas, lo entregó, repito, á la vida oscura y sacrificada de los claustros, donde como Hermanas de la Caridad, se convirtieron de señoras en siervas de los pobres; el que todo esto había hecho ¿podía menos de ser católico, fervorosísimo católico, é informar las acciones de su vida en los principios altísimos de las verdades evangélicas?



Lo dicho basta para persuadíroslo; confirmémoslo aun más considerando á nuestro ilustre prócer como escritor cristiano. Si la espada esgrimida en los campos de batalla puede ser arma de la fuerza en defensa de la verdad, hay otra no homicida, que se maneja en estancia solitaria, y que es más temible y más temida, porque es el arma de la razón: la pluma. Desde mozo comenzó Arboleda á manejarla, y son innumerables los diarios en que colaboró y los opúsculos que dió á la estampa para difundir los sanos principios en religión y política. No intento, Señores, alabar la perspicuidad de estilo, y la pureza y elegancia de dicción cautivadoras de oídos cultos: aprecien en buen hora esas prendas las academias doctas, y sean ellas quienes las galardenen convidando á los elocuentes á su seno, como lo hizo la Colombiana con Arboleda. Pero á mí no me toca glorificar con alabanzas esas flores y galanuras con que á las veces suelen disfrazarse de hermosos el error y la mentira: yo daré loores al primor del estilo, cuando, como lo bello, es el resplandor de lo verdadero.

Y puesto que nos proponemos dar á conocer al escritor católico, entresaquemos de sus opúsculos algo que al propósito convenga.

En su libro titulado *Nuestro programa*, dice, tratando de las bases en que debe la República estribar:

“ Queremos ver fundada la República representativa, que es el gobierno necesario en América, sobre las leyes eternas de la justicia; la queremos siempre regida por la moral de la sublime religión que afortunadamente profesamos; y la queremos, en fin, de tal modo organizada, que en ella los intereses materiales y políticos no entren jamás en pugna con los morales y religiosos, sino que ambos concurren al sostenimiento de la paz, á la seguridad de nuestros derechos, á hacer efectivo el cumplimiento de nuestros deberes, y al progreso de la nación en orden y libertad.

“ Es, pues, nuestro principio el deber; nuestro fin, la felicidad y progreso de la patria, y nuestros medios, la organización

de la República de conformidad con la justicia, y la combinación de los intereses sociales de la manera más conducente á garantirla.

“ Como cristianos y católicos, nos reconocemos con obligaciones anteriores y más sagradas y premiosas que las que puede imponernos la sociedad; mejor dicho, creemos que ésta no tiene derecho de exigirnos lo que la moral religiosa nos prohíbe, y que el hombre no puede tener una moral como ciudadano y otra como particular.”

Y en uno de sus opúsculos dice:

“ Los que hemos nacido en el seno de la Iglesia y mamado desde la cuna su doctrina, no podemos comprender lo que seríamos sin el conocimiento del Évangelio. Hoy el mundo todo es cristiano: los gentiles mismos, arrastrados por la civilización, hija de esa religión santa, siguen su impulso sin saberlo; y los reformadores que la declaran ya caduca y pretenden mejorarla proclamando nuevas ideas y doctrinas, no hacen otra cosa que robarle las suyas, desfigurarlas, mezclarlas con el tósigo de las pasiones, cubrirlas con el oropel seductor de la novedad, y, como arrojaba Nerón monedas y puñales á las turbas romanas para gozarse en un espectáculo de sangre, lanzarlas al pueblo, que las devora y se envenena. ¿Qué son la filantropía y la fraternidad, sino tristes remedos de la dulce, encantadora caridad. ?

“ ¿Qué debe ser en el fondo la libertad que tanto se pregona, sino la práctica leal de la justicia cristiana? ¿ni qué deben ser, por fin, la igualdad y democracia políticas, sino la verdadera igualdad y democracia enseñadas por el Cristianismo? Tan cristiano es el mundo, que hasta la impiedad, para hacerse aceptable, tiene que cubrirse con el manto de la doctrina de Jesús.

“ Al Cristianismo, al espíritu de misericordia que lo domina, antes desconocido entre los hombres, se deben las doctrinas humanitarias y todos los establecimientos de beneficencia y caridad, ¿Quién morigeró los crueles derechos de la guerra antigua? quién contuvo y suavizó la ferocidad de las penas judiciales y moderó y acabó por abolir los terribles derechos concedidos por la barbarie á la venganza privada? ¿Quién aligeró las cadenas del siervo declarándole hermano de su señor, y condujo suavemente, sin estrépito, la sociedad europea á la abolición completa de la degradante esclavitud? quién. . . . Pero para qué más? Todo eso que los liberales modernos predicán, y mucho más que eso, obras son de las enseñanzas del Calvario.—El ejemplo de un hombre inocente entregándose en expiación por los criminales y arrepentidos, es un modelo que pueden imitar los santos, esos héroes de la caridad y de la fe, pero no los hombres comunes que proceden por fines humanos. Por eso, Jesús ha encontrado imitadores en un

Francisco de Asís, en un Juan de Dios, en un Vicente de Paul y en tantos y tantos otros que, inspirados por las doctrinas del catolicismo, han fundado un instituto para cada necesidad social. ¡Ea, filántropos modernos, presentad los vuestros! ¿Qué os debe la humanidad? ¿Qué dolor habéis aliviado, qué miserias socorrido, qué lágrimas enjugado? Pero no; no pidamos lo imposible; no pidamos plantas ni flores á los áridos campos de Sechura. Vosotros, que á la dulce caridad sustituís la fraternidad de Caín y de Esaú, ¿qué podréis hacer? Respondan Francia, Italia, España y la América toda. Donde quiera que habéis tomado el cetro, viudas y huérfanos desvalidos y sin amparo, y el pauperismo convertido en una plaga terrible y amenazadora, dan testimonio de lo que sois. Demoledores de la obra del Cristianismo, hacéis ruinas de sus nobles institutos, expulsáis á sus ministros, y pasáis los bienes de los pobres á manos de ricos codiciosos y desapiadados: hé aquí lo que llamáis filantropía.”

Dícese que en los veneros de oro que mezquinan las rocas á la codicia de los hombres, mientras más se va cavando en lo profundo, más rica sale la arena cargada del precioso metal. Así, mientras más ahondamos en los escritos de Arboleda, vamos hallando mayor acopio de ricos pensamientos, que son el oro de la inteligencia, apurado en el crisol de la fe, del que no sale sino la esencia de la verdad. Leed, pues, Señores, y releed esos escritos, buenos para todos los tiempos, provechosos para todos los países, gratos á los doctos, é inteligibles aun de los ignorantes.

No sólo el acero material y la pluma fueron las armas de que se valió Arboleda para defender el catolicismo tan combatido de sus enemigos los perversos: también usó de la palabra, espada de dos filos que, penetrando en las inteligencias, transfunde instantáneamente el pensamiento en los oyentes, y á imagen del Verbo, se da todo á todos sin perder para sí nada de cuanto comunica. En el hogar doméstico, en el familiar departir con los amigos, en los salones aristocráticos de los grandes, y particularmente en los Senados tumultuosos de la Nación, de los labios de Arboleda manaba en raudales la luz de las doctrinas católicas, ora en tono festivo y juguetón como los arroyuelos á que debe la siempre florida Bogotá el verdor de su sabana, ora majestuoso y fecundo como el rio criador de verjeles aromosos en el risueño Cauca, ora irritado y atronador como el Tequendama al despeñarse en los abismos; pero, aun entonces, ceñido de la aureola del genio, como lo está la tremenda catarata de iris aéreos y bullidores que la enguirnalda de gracia y de belleza.

¿Quién podrá olvidar las discusiones que aborascaron el Congreso colombiano por los años de 1872? Presentó Arboleda un proyecto de ley por el que se imponía el deber de enseñar la religión católica en las escuelas nacionales. Enardeciéronse los ánimos, y oradores impíos vomitaron blasfemias y calumnias como las vomita siempre el error apremiado de la razón. ¡Qué lucha, Señores, aquella! ¡qué lucha! De un lado la masa inerte, pero enorme de la materia y de la fuerza, el poder del número omnipotente en los congresos: del otro un hombre, un hombre solo pero ese era Arboleda; no Arboleda, sino la verdad: la verdad, que tiene el poder aterrador de aquel *Yo soy* que dijo Jesús á los que le prendían.

En ese día la justicia, vencida en apariencia, ganó un triunfo espléndido que debía coronarse más tarde, porque el bien es semilla que suele quedar largo tiempo estéril en la tierra, hasta que aguas benéficas bajen del cielo á fecundarla. Y estas aguas nunca faltarán, como no falta nunca la palabra que empeña Dios: *Deus expugnabit pro te inimicos tuos*. Él derrocará por ti á tus enemigos. Si el hombre, puesta la vista en Dios, se siente por Él llamado, cual en otro tiempo los profetas de Israel, á ser intérprete del Altísimo para con los mortales, á manifestar al pueblo la voluntad de su Hacedor, á enderezar su rumbo hacia una felicidad prometida á las naciones que guardan la justicia; si, depuesto el miedo y el interés, porfía y afana sin tregua ni descanso por el triunfo de causa tan excelsa, aunque su combate consume los contados días de su existencia terrenal, la victoria al fin coronará su obra; porque el Señor lo ha dicho: *Usque ad mortem certa pro iustitia, et Deus expugnabit pro te inimicos tuos*. Y Arboleda, Señores, Arboleda, uno de los caudillos de la causa divina en la República de Colombia, lo sabe y lo predice. Oigamos, si no, cómo puso fin á su admirable discurso:

“Sé que el proyecto se negará, y lo sabía desde antes de presentarlo; pero era de mi deber hacerlo. Las disposiciones en él contenidas serán rechazadas hoy, pero regirán un día; porque los colombianos queremos que nuestros hijos sean católicos y que nuestra patria lo sea siempre, y yo espero confiado (y hasta lo veo y lo toco) que á la sombra y bajo el amparo de esta creencia saludable, Colombia, nuestra hermosa tierra, consolidará sus instituciones y será próspera y feliz, ejemplo, y norma, y modelo de las demás Repúblicas del Continente.”

El vaticinio del patriota ha comenzado á cumplirse, y hermosa aurora de puros resplandores, presagia hoy á Colombia días apacibles de gloria y bienandanza: el iris sustenta en sus combas alas los nubarrones de la pasada tempestad, que ya desposeí-

dos de rayos y despedazados, van desplomándose inertes bajo los cielos serenos y luminosos de la patria. ¡ Plegue á Dios que no vuelvan jamás á levantarse! Mas, si la predicción se ha cumplido, el vidente, como Moisés, ha muerto viendo brillar sólo de lejos los campos ubérrimos de la tierra de promisión tan anhelada. Tocóle la penalidad de los cuarenta años de viaje, la vida movediza de tienda de campaña y de fatigas, el hambre y la sed del desierto, el cotidiano guerrear con filisteos y amalecitas; pero tocóle también morir con la muerte serena y dulce del caudillo de Israel, iluminándosele de santo gozo los ojos, como si columbraran ya los espléndidos albores del paraíso; tocóle ser llorado, como aquél, con el duelo inmenso del pueblo cuya libertad había tan ahincadamente procurado.

Religión divina del crucificado Jesús! vuestros premios no se conceden en el valle oscuro del destierro, regado día á día con nuestras lágrimas; cárcel donde nos apacentamos de dolor y vivimos de engaños; donde palpando entre tinieblas la realidad tangible del mal, apenas si percibimos la vislumbre fugitiva del bien que nos relampaguea de la eternidad. Allá los gozos sin medida y las fruiciones inefables; allá la hartura del deseo insaciable; allá la felicidad de este nuestro corazón pequeñísimo, en quien cabe sin embargo lo infinito; allá, bañada en los resplandores de la transfiguración gloriosa, nos es permitido; ¡ oh dulce esperanza de los corazones católicos! ver el alma feliz del deplorado compatriota por quien acaba de remontarse á las alturas del empíreo la oración alada y vestida con la fragancia del incienso.

Y tú, Señor Jesús, tú, que víctima de propiciación renaces incessantemente en la tierra para inmolarte en las aras del sacrificio por los pecados de los hombres; tú que acabas de ofrecer en este altar la cándida hostia de tu cuerpo y el cáliz de tu sangre, ten piedad de tu siervo, oh dulce Redentor! ten piedad de tu siervo; porque ¿ qué pureza delante de ti no está manchada? ¿ qué virtud no es imperfecta? ¿ qué grandeza no tiene la pequeñez de la miseria y la inconsistencia de la nada? Oh Dios fuerte y terrible! no reprendas al hijo de tu esclava cuando ardan en tu rostro las llamas de la indignación y te vibren en las manos los rayos de implacable justicia; vuélvele antes blandas y misericordiosas las miradas de padre. Así tu nombre sea santificado en todas las edades; así los que, sumisos á tu palabra enseñada aquí por los labios infalibles de Pedro, honran y defienden la verdad, escándalo del mundo, vayan á saciarse de ella donde resplandece en ti con infinita plenitud; así los que, movidos de tu amor, lo sacrifican todo por la patria olvidada de la tierra, vayan á recibir el único todo, que eres tú, en la inmortal y agradecida patria de los cielos.